

BIBLIOTECA

615

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.



Propiedad de
Vic^o de Lalama

BIBLIOTECA

Se venden
lib.^{ria} de Cuesta.

DRAMÁTICA.

FÉ JURADA.

Drama en un acto, original de DON MANUEL NOGUERAS, para representarse en Madrid el año de 1867.

PERSONAJES.

DOÑA INÉS.

EUGENIA.

D. GASPAS DE SANDOVAL.

D. BELTRAN.

D. DIEGO DE SANDOVAL.

ABUNDIO.

GINÉS.

BLAS, posadero.

La accion tiene lugar en Alcalá de Henares, el año 1820.

El Teatro representa el patio de una posada; á la derecha del espectador, en primer término, un pabellon con balcon; enfrente otro igual: desde estos pabellones hasta la tapi que cierra el foro, figurarán costados de fabrica; en el foro puerta; mesas, sillas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIA y el POSADERO.

Eug. Vaya una manera de alborotar! Qué gritos son esos? No conocen que van á incomodar á mis señores?

Pos. Ola! Buenos dias; qué tal se ha pasado la noche?

Eug. Perfectamente, hasta que me han despertado vuestros criados, que para fregotear dos mesas arman un escándalo...

Pos. Ya, la costumbre; qué quereis? Los pobrecitos se divierten de ese modo, y dicen que así se les hace menos penoso el trabajo; ya sabeis el refran: *quien canta, su mal espanta*.

Eug. Pues podian irse al campo á espantar sus males, ó esperar á que no se halláran en la posada personas distinguidas, á quienes incomodan sobremasera tan descompasados gritos.

Pos. Ya, como ellos no sabian la clase de vuestros

amos... porque anoche cuando llegásteis, todos dormian.

Eug. Pues haberles despertado, ó haberles prevenido hoy temprano.

Pos. Hija, me olvidé... qué demonios! No puede uno tenerlo todo presente... Vaya, muchachos, dejad eso, que la señora se incomoda, y sus amos tambien. (*hab'ando con los de adentro.*)

Eug. Señor posadero, parece que hay cierto retintin en vuestro modo de hablar, que...

Pos. Qué ha de haber? (*con sorna.*) Señora, no por Dios; sabed que yo soy incapaz... no me gusta faltar á nadie; muy al contrario, y sino preguntad por el tio Blas el posadero, y todo Alcalá os dará los mejores informes. (*levantando la voz, segun vá hablando.*)

Eug. Bien, bien.

Pos. En este parador, ha ido trasmitiéndose de padres á hijos la buena educacion, y ha llegado intacta hasta mí, que soy el décimo quinto nieto del fundador.

Eug. Bien, bien, pero quereis no hablar mas? Quereis no gritar de ese modo?

Pos. Incomodo tambien á los amos?

Eug. Si señor.

Pos. Pues hija, me callaré. Pero sabeis que son bastante delicados?

Eug. Son como Dios los ha hecho.

Pos. Ya, pero muy amigos de comodidades; hacen bien, tienen dinero... y decidme, estarán aqui muchos dias? Porque es imposible que pueda reinar tanto silencio, sin ser la cuenta escesivamente cara.

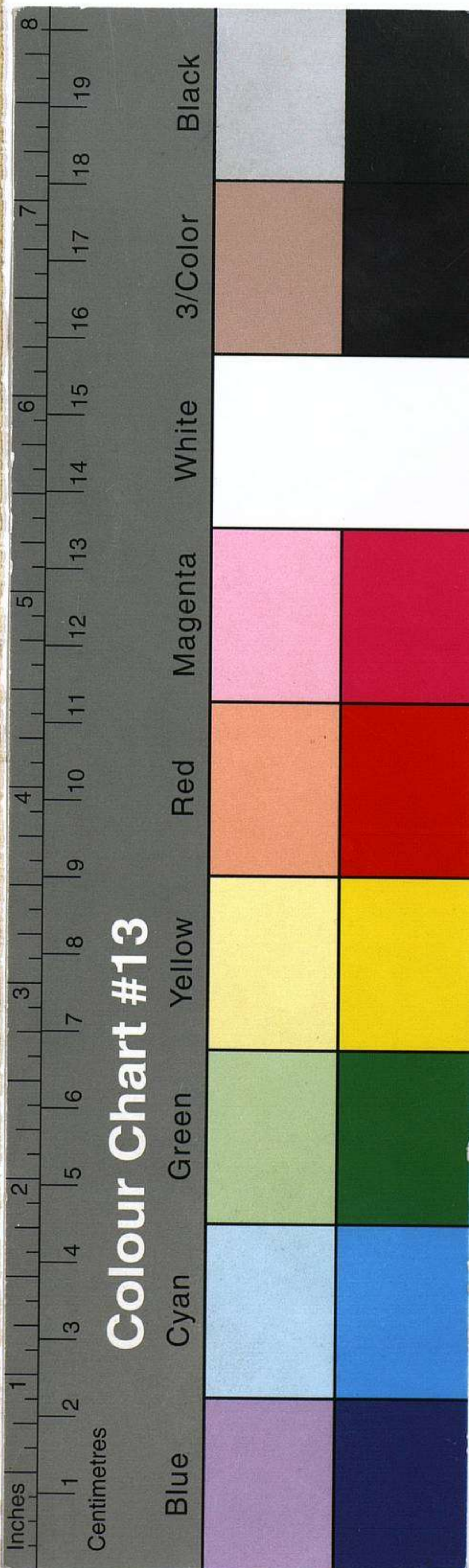
Eug. No señor; tal vez despachen hoy mismo.

Pos. Hoy mismo! Pues qué demonio de negocio los trae por aquí? Digo, si puede saberse.

Eug. Un matrimonio.

Pos. Un matrimonio?... A ver, contadme, contadme eso, que me gusta mucho; si viérais... soy tan afortunado con mi mujer, que encuentro un placer cuando veo un suicidio.

Eug. Pues oid. (*bajando la voz y mirando de cuando en cuando á la puerta.*) Mi amo, D. Gaspar de Sandoval, enviudó hace 20 años, y de su matrimonio



le quedó Doña Inés, que contaba dos, cuando murió su madre; el buen señor se encuentra ya bastante achacoso, y quiere, antes de fallecer, dejar acomodada á su hija; con este objeto le ha proporcionado un matrimonio con D. Beltran Antojos, un hidalgo de Guadalajara, que tiene cuatro veces la edad de la novia, pero que ha sido compañero de armas de D. Gaspar, el cual ha dispuesto venir de Madrid hasta Alcalá, avisando á D. Beltran para que él haga lo mismo desde Guadalajara; hoy deben reunirse, se firmarán los contratos, y dentro de un mes se celebrará la boda en Madrid.

Pos. Ya; pues hija mia creo, que el matrimonio será feliz.

Eug. Dios lo quiera, porque habeis de saber, tio Blas, que mi pobre señorita está enamorada de un buen mozo, moreno, de ojos negros, veinticinco años, y capitan por añadidura.

Pos. Pues mejor... quiero decir, que teniendo el novio sesenta años, y el capitan veinticinco, será un matrimonio completamente... *(ruido dentro.)* Pero qué bulla es esa? Qué sucede?

Eug. Calla! No veis?... Dos viajeros á caballo!...

Pos. Es verdad!... Y qué demonios hacen? Estan regañando con los chiquillos!

Eug. Jesus qué cabeza!... Si parece un melon!

Pos. Y deben ser personajes de pró, segun los gritos que dan, y su aire altanero.

ESCENA II.

Dichos, BELTRAN y ABUNDIO.

BEL. Animales, salvajes! *(saliendo y hablando con los de fuera.)*

Pos. Pero que es eso, caballero?

BEL. Nada; esa estúpida gente que se rie de cualquier cosa; figuraos que yo he llegado á caballo á este parador; que hace un viento muy fuerte, y que al moverme de la silla para apearme, el viento se llevó mi sombrero, que arrastró en su caída mi peluca; esto les hizo tanto efecto, que no han dejado de torearne, hasta que me han perdido de vista. Cafres!

Pos. Bien mirado... es mal hecho.

BEL. Vaya si lo es... *(llamando.)* Mozo, posadero del infierno.

Pos. Qué manda usía.

BEL. Ah! Sois vos? Necesito un cuarto con dos dormitorios; que se haga cargo alguno de nuestros caballos, y que me digan si ha llegado á este meson... Pos. *(Vaya unos modos.)*

BEL. D. Gaspar de Sandoval y su hija Doña Inés.

Eug. Sí señor; y por cierto que han traído muy mal viaje, especialmente doña Inés. Pero ahora que caigo, seriais vos por ventura D. Beltran?...

BEL. Su futuro. *(con sequedad.)*

Eug. Y yo soy la doncella de doña Inés, para servirros, caballero.

BEL. *(con mal humor.)* Bien, bien: pues hacedme el favor de anunciar á D. Gaspar mi llegada.

Eug. Voy corriendo, señor... *(Hum... qué cara; no vi nunca gesto mas avinagrado. Pobre señorita!...)*

ESCENA III.

Dichos, menos EUGENIA.

Pos. Este es el novio? Ay! qué sabrosa debe ser esta boda para el capitan!

BEL. Pero hombre, y los caballos?

Pos. Voy, voy, señor; si ya los habrán recojido los muchachos! *(Dios te haga un santo, que lo que es...)* *(echándole una bendición al marcharse.)*

BEL. Vamos, hombre, qué haces? Por qué pones ese gesto de vinagre? Qué te pasa!

ABU. Nada, señor; sino que traigo unas agujetas... y luego, qué quereis? Como vais á casaros, á desaparecer del catálogo de los vivos, para pasar al de los maridos, qué se yo, se me figura que sois otro.

BEL. Para tí siempre seré el mismo; mas que tu amo, tu amigo, tu compañero.

ABU. Gracias, señor; pero si viérais de que mal agüero ha sido para mí la caída de la peluca, y la gritería de esos bestias!... Señor, señor, antes que te cases, mira lo que haces, dice el refran; miradlo por Dios, no os precipiteis.

BEL. Pues me gusta la salida! No sabes que esta boda está pensada hace mucho tiempo? No sabes que con ella se concilian grandes intereses, y sobre todo, que es la voluntad de D. Gaspar?

ABU. Si, señor; todo eso lo sé; pero vos tampoco ignorais, que hay una gran desproporcion en vuestra edad y la de la novia; que esta se sacrificará por complacer á su padre, no lo niego; pero que por mucho que haga, no podrá teneros cariño; que anda, por medio un sobrinito de D. Gaspar, con su uniforme y sus ojos negros, y á quien segun he observado, la niña no mira muy mal... Y sobre todo, señor, que no estamos nosotros para esos asuntos.

BEL. Podrás muy bien no estar tú, pero no juzgues á los demás por lo que á tí te suceda; además, si Inés no me aprecia como marido, yo la obligaré á fuerza de agasajos; y en cuanto al sobrinito, le enviaremos á Ultramar, y punto concluido.

ABU. Quiera Dios que todo salga á medida de vuestro deseo.

BEL. Calla, que ya llegan.

ESCENA IV.

Dichos, D. GASPAR.

GAS. Oh! querido Beltran, amigo mio! Cómo va?

BEL. Señor D. Gaspar, siempre deseando complacerros; ayer recibí vuestra apreciable carta, y al momento mandé disponer los caballos; salimos, y aquí nos teneis. Y mi adorable Inés?

GAS. Baja detrás de mí; se encuentra ligeramente indispuesta; pero no hay que estrañarlo; qué muchacha jóven no se estremece á la sola idea de matrimonio? La veo algo tímida, encogida, pero pronto concluirán esos extremos; hoy deben hacerse las capitulaciones, y dentro de un mes sereis su esposo. He querido que se estendieran aquí, por evitaros la molestia de llegar á Madrid, y al propio tiempo para que Inés se distraiga con ese viajecito.

BEL. Muy bien pensado; pero dispensadme, D. Gaspar. Voy á mi cuarto para abrir las maletas, y ponerme un poco mas decente; ya veis que el traje de camino no es muy propósito para presentarse á una bella.

GAS. Qué, hombre! *(deteniéndole.)* No andeis con esos cumplidos con nosotros; ya sabeis que os trato como de la familia, y en esa inteligencia he mandado disponer vuestro cuarto al lado del mio, en esta ala del edificio; pero basta, que ya está aquí mi hija.

ESCENA V.

Dichos, INÉS.

GAS. Querida Inés, aquí tienes á mi buen amigo Don Beltran, tu futuro esposo.

INÉS. Dios mio!

BEL. Señorita! (*saludando.*) El señor D. Gaspar acaba de decirme que os hallais indispueta; siento mucho que vuestra salud se haya alterado, y quizá por mi causa.

INÉS. Gracias, D. Beltran; no debe alarmar á nadie mi enfermedad; es cosa ligera. (*Me siento morir!*)

BEL. Quiera el cielo que asi sea, porque estimo la vuestra mas que mi propia vida. Si, Inés, yo me conozco; no soy tal vez el marido que os conviene, por la diferencia que hay en nuestras edades, pero á pesar de tener demasiada mas que vos, siempre hallareis el amante obsequioso, el galan rendido á vuestras gracias, el hombre que en cambio de cuantos sacrificios exijais, se contentará con una mirada de vuestros bellos ojos.

GAS. Muy bien, amigo mio; nadie se hubiera espresado mejor.

BEL. Es que yo quiero que vea siempre en mí al amante mas que al marido.

GAS. Vamos, Inés, responde, hija.

INÉS. Mi obediencia y mi respeto á D. Beltran, no tendran límites. Y como al casarme cumplo la voluntad de mi padre, estoy dispuesta desde ahora... (*Dios mio! ten piedad de mí!*)

GAS. Conque ya sabeis que es asunto concluido; ya habeis visto la voluntad de vuestra futura; ven, hija mia; vuelve á abrazarme; hoy me has llenado de felicidad; hoy has alargado mi vida diez años lo menos.

INÉS. Padre!

GAS. Vaya, amigo mio, subid á descansar; y tú, (*á Abundio.*) lleva esas maletas al cuarto que está preparado para D. Beltran, en el primer corredor, la puerta de en medio; id, amigo mio; descansad, que luego teneis tiempo de hablar cuanto se os ofrezca.

BEL. Señor D. Gaspar, soy el hombre mas feliz del universo, y á vos, mi querida Inés, es á quien lo debo; quiera el cielo pagaros el bien que me haceis, amándome, porque á mí no me es fácil satisfacerlo. A Dios. (*se marcha guiándole Abundio.*)

ESCENA VI.

D. GASPAR, INÉS.

GAS. Hoy es mi dicha completa. Creo que ya estarás contenta. Ya puedes alegrarte... Ves lo que te decía? Beltran... no es muy joven... pero es hombre que lo entiende, y te hará feliz.

INÉS. Sí, padre mio; si su felicidad estriba en nuestro matrimonio, será feliz.

GAS. Lo será, lo será, y tú tambien; pues no has visto qué cumplido... y qué atento! Verdad que tampoco podria ser otra cosa, nacido en mi tiempo... Pero muchacha... no oyes lo que te digo?

INÉS. Sí que lo oigo.

GAS. Pero nada respondes... (*viendo que se apoya en una silla.*) Qué es eso, te sientes peor, hija mia?

INÉS. No es nada, padre; ya pasó; un vahido, un...

GAS. Y lloras! Qué tienes, Inés? (*pausa.*) Vamos, habla por Dios.

INÉS. Es... No puedo, no puedo!

GAS. Eso me dices?... No quieres confiar á tu padre, que tanto te quiere, cuál es el motivo de esas lágrimas, que yo al principio tomé por una conmocion natural en tu situacion, y que ahora veo que su causa es muy distinta de la que yo pensé?

INÉS. Pero...

GAS. Vamos, habla, y no me obligues á mandártelo.

INÉS. (*con resolucion.*) Pues bien, hablaré, y no creais, padre y señor, que al hacerlo es mi intencion faltar al respeto y obediencia que os debo; es... que no puedo vivir... que hay una causa superior que me impelle; y que no tengo fuerzas para contrarrestar. Quereis saber el origen de estas lágrimas, de mi enfermedad, que de dia en dia se agrava, que es mayor de lo que pensais, y que acabará por matarme? Pues es... que no amo á D. Beltran.

GAS. Qué dices! (*asombrado.*)

INÉS. Sí, padre mio; he luchado cuanto he podido conmigo misma, para obedeceros; he pasado eternos dias de amargura, noches de insomnio, para convencerme, para persuadirme de mi obligacion, de mis deberes para con vos; todo ha sido inútil; cuanto forjó mi fantasía engañándome, cuantos esfuerzos hice para no disgustaros, se han desvanecido con su presencia, con la idea sola de firmar los contratos; yo hubiera sucumbido antes de deciroslo, pero no me ha sido posible.

GAS. Y crees tú... Vamos, vamos, esos son remilgos de niña, que cesarán tan pronto como os caseis; he visto mucho de eso, y sé á qué atenerme.

INÉS. No, padre mio, es irrevocable mi resolucion.

GAS. Inés!

INÉS. Perdon, padre mio, perdon.

GAS. Nunca; mi palabra está empeñada, y la tuya; y por nada en el mundo dejará de cumplirse. Serás esposa de D. Beltran, porque asi lo has prometido, y porque es mi voluntad.

INÉS. Encerradme en un convento, si os place; matadme, os lo ruego; pero por la memoria de mi madre, á quien tanto habeis amado, no me obligueis á pronunciar un sí, que me costaria la vida.

GAS. Vuestra madre se avergonzaria de vos, si viese hoy vuestra conducta; en nada teneis el honor de los Sandoval?... Tan poco creéis que vale en el mundo vuestro padre?... Y desde cuándo habeis aprendido á revelaros contra mis mandatos? Quién os ha enseñado tan buen camino? Porque semejantes ideas no son tuyas, por mas que trates de negarlo; quién ha sido, infeliz, el que te ha enseñado á revelarte contra tu padre? Quién ha sido el que tal vez en tí ha ultrajado mi honra? Dí.

INÉS. Vuestra honra está intacta, señor; sé lo que debo á mi ilustre nombre, y jamás se verá deshonorado por mí. Solo es mia esta negativa, á nadie teneis que acusar de haberme inducido á ella; y vos mismo la hubierais ignorado, si yo no hubiese visto tan cercano, tan inevitable el momento de mi infelicidad; sé que obrando de esta manera, contrario vuestra voluntad, os desobedezeo; pero vos, á quien tanto debo, vos mirareis una vez mas por vuestra hija, y la perdonareis.

GAS. No lo creas; la que no obedece á su padre, la que no acata su voluntad, no tiene ni aun el derecho de llamarse así. He dicho, y vuelvo á repetir, que mi palabra está empeñada con D. Beltran, y que los contratos deben firmarse esta tarde, y se firmarán. (*vá á marcharse.*)

INÉS. Padre, por Dios, mirad lo que vais á hacer; mi-

rad que yo no puedo ni aun fingir amor á ese hombre; mirad que tal vez mi deber...

GAS. Vuestro deber es cumplir lo que con vuestro asentimiento ofreció vuestro padre; es cumplir lo que vos misma ofrecisteis; tal es la costumbre entre personas bien nacidas, y mucho mas, si como nosotros se llaman Sandoval.

INÉS. Dios mio! Dios mio! Pero no veis mis lágrimas, mi desesperacion?

GAS. Nada me dicen vuestras lágrimas; nada veo que sea suficiente á disculpar vuestro modo de proceder. Y si no amábais á D. Beltran, por qué le hicisteis creer que seriais su esposa? Por qué tal engaño? Por qué cuando yo os le propuse, no me dijisteis lo que ahora, y no que á entrambos nos burlais? Pero concluyamos tan enojoso diálogo; preparaos para firmar los contratos.

INÉS. Padre! Padre!

GAS. Dejadme. (*vase.*)

ESCENA VII.

INÉS sola, despues de una pausa.

«Porqué no dijiste lo que ahora?...» Lo sabia yo por ventura? Sabia lo que hacia? No, todavía ignoraba lo que era amar! Y tal vez me hubiera unido á Don Beltran; y hubiera sido feliz... Pero quién fué la causa de que viera yo á D. Diego? Quién? Mi padre, que sin saberlo, dió origen y pábulo á un fuego, que hoy es inestinguible. Y será mi padre capaz á obligarme á tan funesta union? Tal vez sí; tal vez por no faltar á su palabra, á lo que él llama honra, haga infeliz á su hija, y la sacrifique sin el menor remordimiento.—Dios mio! Mi cabeza se arde, quiero un medio; un medio, para salir de tan apurada situacion, y no puedo encontrarlo. Ah! Don Diego, que desgraciada me habeis hecho con vuestro amor.

ESCENA VIII.

INÉS, D. DIEGO.

DIEGO. (*saliendo.*) Ata pronto los caballos, y no olvides cosa alguna de lo que te he encargado... Pero no veo... (*reparando en Inés.*) Ah! sí!

INÉS. Qué ruido...

DIEGO. Inés de mi alma! (*corriendo á abrazarla.*)

INÉS. (*con alegría.*) Diego!.. (*conteniéndose.*) D. Diego!

DIEGO. Qué es esto! Así me recibes, Inés!

INÉS. D. Diego!

DIEGO. Qué sucede? Habla, es cierta mi desventura?

Hablaste á D. Gaspar? (*pausa.*) No me respondes?

INÉS. Nada os dicen mis lágrimas?

DIEGO. Inés, Inés querida! (*con abatimiento.*)

INÉS. Ya lo sabeis, D. Diego; renunciad á mi mano.

DIEGO. Pero es posible, Dios mio!

INÉS. Sí, cuantas súplicas he hecho á mi padre, han sido inútiles; ni mi llanto, ni mi desesperacion, han podido vencerle.

DIEGO. Corazon de mármol! Pero vos, Inés, tal vez no le hayais dicho que vuestro amor me pertenece; que sois mi amada; la única esperanza que me hace soportable la vida, que me habeis ofrecido y jurado ser mi esposa!

INÉS. Nada le he dicho, pues me contuvo el respeto filial, y nada podia decir á quien tan severo se mostraba conmigo, y tan decidido á que se diera cumplimiento á la palabra empeñada. Creedme, D. Diego; renunciad á mi amor, huid de mi lado;

el tiempo y la ausencia se encargarán de lo demás. Sabeis que obedezco ciegamente á mi padre, y que no seré capaz de violentar ni con el pensamiento su determinacion.

DIEGO. Que renuncie á vuestro amor! Qué huya, me decís!... Ah! Inés, Inés, cuán tarde conozco que vuestro afecto no ha igualado al mio! Sabeis que tal decision es para mi de vida ó muerte? Sabeis que en vuestro amor, en la esperanza de que fuérais mi esposa, se encierra para mi un porvenir de ventura, una felicidad eterna? Qué huya me decís, cuando á pesar de las seguridades que me disteis de vencer la obstinacion de vuestro padre, me ha sido imposible estar en Madrid, y he venido en vuestro seguimiento? No, yo he de verle, he de hablarle, aun cuando el mundo entero se oponga, y si no me escucha, si desoye mis ruegos... entonces, entonces moriré de dolor, pero no sin haber atravesado antes el corazon del que me arrebató mi gloria, mi ilusion. Sí, vida por vida, Don Beltran morirá!

INÉS. D. Diego; mirad lo que vais á hacer; la obstinacion de mi padre es invencible, su voluntad invariable, y para mí sagrada; no querais con vuestros extremos empeorar nuestra situacion; voluntariamente ofrecí mi mano á D. Beltran; si despues nació nuestro amor, no es de él la culpa; Dios nos arrojó al uno en el camino del otro, sin duda para probar nuestras fuerzas en tan terrible lucha, y pues así lo quiso, respetemos y acatemos sus sabias disposiciones. Ya os lo he dicho; renunciad á mi mano; retiraos de aquí; huid, y llevad con vos el último suspiro de una mujer enamorada, que pronto no se pertenecerá.

DIEGO. Horrible defeccion! (*absorto.*) Y tú, Inés, tú eres la mujer enamorada? Tú la que tantas protestas me hiciste, fementida? Dí que fué otro tu deseo; dí que tuviste un placer en destrozarme mi corazon de niño; dí que mi pasion te alhagaba, la fomentaste, que la hiciste crecer para gozarte despues en mi desesperacion... Pero no será por mucho tiempo. Id, señora, y disponeos á entregar vuestra mano á D. Beltran, que yo os juro, que aun cuando los contratos se firmen hoy, no llegará á ser vuestro esposo.

INÉS. D. Diego, al herir á D. Beltran, me herís tambien, y no creo que tengais motivo para ser tan cruel.

DIEGO. Cruel! Cuando sois vos quien se complace en arrancarme el alma!

INÉS. No soy yo, es mi deber.

DIEGO. Vuestro deber! Ira de Dios! Así llamais á tan atroz perjurio?

INÉS. No, D. Diego; jamás seré perjura; os dije un dia que os amaba, y hoy, á pesar de que mi situacion me lo impide, os lo repito. No sabeis cuanto estoy sufriendo; no sabeis la lucha que sostengo entre mi amor y la obediencia que debo á mi padre; pero os lo suplico, huid de mí, y consagraidme un recuerdo. Yo, por mi parte, ya que no sea dable teneros amor, os tendré siempre presente en mis oraciones. A Dios.

DIEGO. Inés, Inés!

INÉS. Para siempre. (*vase.*)

ESCENA IX.

D. DIEGO.

DIEGO. Dios mio! Dios mio! (*cae abatido en un sillón.*)

En cambio de tanto amor, podia esperar tal recompensa! Y tu divina justicia no castiga á quien asesina de un modo tan espantoso, á quien con una palabra seca las ilusiones de la vida, y mata un alma nacida para el amor! Pero, esto es un sueño? Es un delirio de mi acalorada imaginacion! Cómo Inés, ayer tan amante, ha de ser hoy tan cruel? Posible es que haya olvidado sus juramentos? Quisiera convencerme que no es así, y sin embargo, la horrible realidad se presenta á mi vista. Para siempre! me ha dicho; sí, para siempre! Todo lo he perdido en un momento, hasta la esperanza.

ESCENA X.

D. DIEGO, GINES, y criado.

CRIADO. Esa puerta de la derecha, en el primer piso (á Ginés.)

GIN. Gracias, mancebo. No tiene mal aspecto la habitacion; pero calle, (reparando en D. Diego.) Es mi amo; y qué demonios hace? Creo que llora? Señor.

DIEGO. Déjame.

GIN. Si quereis descansar, parece que nos han destinado esta habitacion...

DIEGO. No quiero descanso; prepara los caballos, porque vamos á volver á Madrid.

GIN. Qué decís, señor?

DIEGO. Que me mata este aire que respiro; que aquí me ahogo y quiero salir cuanto antes.

GIN. Pero volvemos sin ver á la señorita, sin decirle: «ya estamos aquí.» Qué pensará de nosotros, doña...

DIEGO. Calla, no la nombres.

GIN. Ah! habrá por aquí alguno que escuche? Pues si yo le atrapo, ya se ha jugado las orejas.

DIEGO. No es eso. (impaciente.)

GIN. (Pues será lo otro.)

DIEGO. La he visto, la he hablado.

GIN. Vamos, y os habrá dicho que sigue en sus trece, y que no se casa con el vejete.

DIEGO. Quieres callar y no decir mas desatinos?

GIN. Perdonad, señor; pero como esas cosas se adinanan...

DIEGO. Imbécil! No ves mi llanto?

GIN. Ah! si, ya, llorais... de alegría!... Conque todo se arregló? Mas vale así; si lo que yo decia; si era imposible que tuviera amor á aquel estantigua.

DIEGO. No lo creas; á quien no le tiene es á mí.

GIN. Qué! qué! (retrocediendo.)

DIEGO. Sí, Ginés, sí; aquí mismo, hace un instante me ha prohibido que vea á su padre, y que le pida su mano; y hoy debe firmar los contratos para casarse con D. Beltran.

GIN. Jesús!

DIEGO. Lo creerías?

GIN. No señor. Pero dónde tiene los ojos esa buena señora? Cómo es posible que prefiera ese carcamal, á un jóven como vos? Vamos, todas son iguales; siempre se prendan de lo peor. Pero qué razones ha dado, que ha dicho?

DIEGO. Que esa era la voluntad de D. Gaspar, y que no faltaría á ella. Todo ha concluido para nosotros busquemos la guerra, en ella alcanzaremos una honrosa muerte. (Ginés le mira admirado.) Bien mirado, qué es la vida? Nada, verdad?

GIN. Si señor, nada! (mas admirado.)

DIEGO. Qué es el amor? Una ilusion... una mentira; no es verdad que es mentira?

GIN. Mentira, señor, mentira!

DIEGO. Si, ingrata, (dirigiéndose á la habitacion de doña Inés.) tú buscarás esa ficcion en los brazos de D. Beltran; esa mentira que se desvanecerá cual humo, mientras yo hallo la muerte en el campo de batalla, combatiendo contra los enemigos de mi patria! Nada quedará de ese amor en pos de ti, mientras yo alcanzo, muriendo, una gloria eterna, imperecedera. Oh! bien haya la guerra, ella nos abre el camino de la inmortalidad!

GIN. Pobre señor, yo creo que su razon se trastorna; si pudiera hacerle dormir un rato, tal vez encontraria yo algun medio de desbaratar esa malhadada boda, y entonces...

DIEGO. Vamos.

GIN. Señor, me ocurre una idea.

DIEGO. Cuál?

GIN. No os parece mejor, puesto que hemos corrido las cinco leguas que hay desde Madrid, á aquí, que en vez de volvernos á escape, descansárais un poco, ó descansáramos al mismo tiempo que los caballos, que de nada tienen culpa?

DIEGO. Haz lo que quieras.

GIN. Ahínos han dado una habitacion; subamos á verla; si os agrada, podeis dormir un rato, y luego salimos; creedme, estas cosas deben tomarse con calma.

DIEGO. Calma!

GIN. Si señor; ea, venid, veamos qué tal es el alojamiento.

DIEGO. Vamos; á Dios, ingrata; para siempre!

GIN. Si, señor, sí, para siempre! (Hasta otra vez.) (vanse.)

ESCENA XI.

ABUNDIO, á poco GINES.

ABU. Está bien, señor; iré y volveré en un vuelo; maldita boda, y maldito el deseo de casarse! Nunca hubiera creído, á no verlo, que mi buen amo perdiera el juicio hasta ese punto; con su edad debia pensar de otra manera... con mas sensatez, y no dejarse alucinar por los ojos de esa chicuela. Y por fin, que ya que le tentara el diablo, fuera con una mujer mas... cómo diré!... mas mayor, que semejante muñeco. Ahí está derritiéndose con ella, que parece un almibar; y lo peor es, que á todos nos lleva al retortero. En fin, vamos á ver al notario, que se firmen esta tarde los contratos, y podamos volvernos á Guadalajara en paz y en gracia de Dios. Ea, andando.

GIN. Eh! mocito, una palabra. (que ha salido un poco antes y ha pasado al foro.)

ABU. (Dios mio! El criado de D. Diego!)

GIN. A dónde bueno, camarada? A dónde se dirige tan diligente esa humanidad?

ABU. Esta humanidad se dirige á dónde le dá la gana, señor soldado.

GIN. Vaya, menos gritos, si os place, señor Noé. (con sorna.)

ABU. Canalla! Insultos á mí!

GIN. Chist! Punto en boca, ó de lo contrario os aplasto como á un insecto. (cogiéndole.)

ABU. Bien, corriente... pero...

GIN. Chitito... y atencion, que vamos á tener un ratito de parleta los dos.

ABU. Adelante.

GIN. Por lo que veo, os habeis olvidado ya de mí, ch?

ABU. No recuerdo...

GIN. Conque no! Qué diablo! Pues si somos amigos antiguos! Yo soy, el criado... de mi amo.
 ABU. Ya, ya estoy.
 GIN. No os acordais?
 ABU. Ah, si, mucho!
 GIN. Pues; y cómo es que os encuentro aquí? Yo que os hacia en Guadalajara, tan tranquilo, ocupado en las faenas domésticas; ó tirando de alguna noria ó cosa semejante?
 ABU. Señor mio, esto ya pasa de raya!
 GIN. El que... (en actitud cómica.)
 ABU. Sabed que yo no sufro insultos de nadie.
 GIN. Pero si una buena paliza de quien quiera dártela.
 ABU. Vaya, vos estais despacio, y con gana de broma, y yo de prisa y de mal humor, conque...
 GIN. Eh! quieto, viejo marrullero; he estado escuchándote y sé á donde te dirijes; pero no irás.
 ABU. Que no iré? Y por qué?
 GIN. Porque sabré impedirte yo; ea, basta de tontearías, entrégame al momento esos papeles que llevas á casa del notario, ó prepárate para dar cuenta de tus maldades al Redentor.
 ABU. Favor, favor. (corriendo por el escenario.)
 GIN. Calla, belitre!
 ABU. Que me asesinan.
 GIN. Silencio, bribon; si haces que por tu causa se incomode mi amo, te desuello vivo.
 ABU. Virgen mia! Y no hay quien me socorra?
 GIN. Calla, malvado, ó mueres á mis manos: vengan los papeles.
 ABU. Ahí van, pero dejadme marchar.
 GIN. Corriente, vete.

ESCENA XII.

Los mismos, y D. DIEGO.

DIEGO. Qué es esto?
 GIN. Señor, este mochuelo, que es criado de D. Beltran, iba á casa del Notario, y le he detenido, exigiéndole que me entregara estos papeles, y...
 DIEGO. A ver? (después de examinarlos.) Los contratos! Oh! nunca, nunca! (los rompe.)
 ABU. Caballero!
 DIEGO. Decid á D. Beltran, que baje, que le aguardo.
 ABU. Pero señor, cómo me presento ahora?
 DIEGO. Id. (Abundio marcha.)
 GIN. Y para qué quereis verle?
 DIEGO. Para hablarle, para que oiga de mi boca cuanto ignora; sabrá mi profundo amor por Inés, y si obstinado se niega, entonces...
 GIN. Entonces, qué?
 DIEGO. No sé, déjame. Temo que he de volverme loco.
 GIN. Pero señor, yo no me atrevo á abandonaros en esta situacion; sabeis...
 DIEGO. Sé á todo lo que me espongo; pero sin su amor no quiero la vida. Siento pasos, él es; déjanos.

ESCENA XIII.

D. BELTRAN, D. DIEGO.

BEL. Me han dicho, caballero, que me aguardábais?
 DIEGO. Así es, D. Beltran, tal vez os habré molestado; pero es tan urgente, y de tanta gravedad el motivo que me ha obligado á ello, que estoy seguro me dispensareis.
 BEL. Veamos, pues, cuál es ese motivo?

DIEGO. D. Beltran, vos podeis decidir de mi vida ó de mi muerte; en vuestra mano se encierran ambas; con una palabra podeis darme la felicidad, ó mi eterna desventura.

BEL. Hablad.

DIEGO. Yo amo á Inés...

BEL. Qué escucho!

DIEGO. La adoro, pero mi pasion por ella es pura como la que deben sentir los ángeles que rodean el trono del Señor. Ella me corresponde, y si se une á vos, es por complacer á su padre, mas no porque esta sea su libre voluntad. Vos la conduciréis al altar, pero su corazon nunca os pertenecerá: creedme, y pues tan abatido me veis hoy, apiadaos de mi situacion; puedan algo con vos mis súplicas.

BEL. Segun os esplicais, caballero, Inés no me ama.

DIEGO. Siento decíroslo.

BEL. Pero me permitireis que lo dude.

DIEGO. Cómo!

BEL. Si por cierto; por desgracia vuestra, sucede muy al contrario de cuanto suponeis.

DIEGO. Yo no supongo, caballero, afirmo.

BEL. Escuchadme, y luego juzgareis; y no creais que la manifestacion que voy á haceros, la daría mas que á D. Diego Sandoval; yo ví á Inés; sus gracias, sus virtudes me enamoraron, resolví pedirse-la á su padre por esposa; no habiendo encontrado obstáculo mi peticion, me presenté á ella, pues siempre quise que en la eleccion fuera libre, y su contestacion me fué favorable; desde entonces, la he obsequiado, la he observado constantemente, y no he encontrado en ella el menor indicio que me hiciera sospechar cuanto acabais de decirme. Conque ya veis cuán lejos se halla de la verdad vuestro relato.

DIEGO. Cuanto he dicho, es cierto, D. Beltran; y si ella no se ha atrevido á revelároslo, preguntad á su padre, él os contará la escena que ha tenido hoy con su hija, y por ella podeis juzgar del amor que Inés os tiene.

BEL. Y qué puede importarme semejante escena?

DIEGO. Mas de lo que pensais, porque en ella se ha revelado contra este matrimonio; porque en ella ha confesado que no os amaba, que os aborrecia.

BEL. Mentís, caballero!

DIEGO. Vive Dios. A mí tal ultraje! No sé como no arranco la torpe lengua que de tal modo me insulta! Estad cierto que á no mirar esas canas...

BEL. Estas canas no me impiden tomar una espada y atravesaros el corazon.

DIEGO. A mí?

BEL. A vos, D. Diego; á vos, en quien ya no veo al sobrino de D. Gaspar, al primo de mi adorada Inés, sino un impostor, que en mal hora llega hasta mí con sus calumnias.

DIEGO. Calumnias! Yo! Defendeos, D. Beltran, ó sois muerto; defendeos, si no quereis que en mi furor os asesine como á un perro.

BEL. Digna hazaña vuestra!

DIEGO. Reñid.

ESCENA XIV.

Dichos, D. GASPAR é INES.

GAS. Qué veo!...

INES. (pasando al lado de D. Diego.) Jesus!

DIEGO. Quita, Inés, he de verter su sangre.

GAS. Qué miro!... Mi sobrino!

BEL. Hoy ha de quedar sin vida.

GAS. D. Beltran, conteneos; sepa yo la causa que os obliga...

BEL. Apartad.

GAS. *(pasando al centro.)* Vive Dios... Vos D. Diego... Hablad. Por qué razón os hallo en este sitio, cuando vuestro deber os llama en Madrid? Qué causa tiene este duelo?

DIEGO. Señor...

GAS. Os exijo la verdad.

DIEGO. *(después de un momento de vacilación.)* La diré; la causa de este duelo, es el matrimonio de Doña Inés con D. Beltran.

GAS. Y qué tiene que ver?...

DIEGO. La amo.

GAS. Qué dice? *(asombrado.)*

DIEGO. Ha jurado ser mi esposa, y vos la sacrificais, uniéndola con D. Beltran.

GAS. Qué dice este hombre? Inés, responde; dime si es cierto lo que escucho.

INÉS. *(cayendo á los pies de su padre.)* Perdon, padre mio, perdon.

GAS. Hija vil, causa de mi deshonra, huye de mi vista, y lleva contigo mi maldición...

INÉS. Ah! *(doña Inés arrodillada vacila y acude en su socorro D. Diego, D. Beltran á D. Gaspar, que ha caído sobre la silla.)*

BEL. D. Gaspar, amigo mio, volved en vos.

GAS. Dejadme.

BEL. Yo no puedo abandonaros en tales momentos.

GAS. *(sollozando.)* Perdida mi honra! Y ella ha sido... ella!

BEL. Ella no ha sabido dominarse, y ha sucedido lo que era natural; á nadie causa perjuicio mas que á mí, que debia ser su esposo... y que no lo seré. Creedme, sed indulgente con ellos; y si causa vuestro pesar una palabra, en mal hora empeñada, yo deshago ese compromiso; yo renuncio gustoso á su mano, siempre que me conserveis vuestra amistad.

GAS. Qué decis! *(con asombro.)*

BEL. Sí, D. Gaspar; medítadlo bien, pensad con calma, y vereis que mi union con Inés, era uno de tantos disparates como se hacen en la vida; ella no hubiera contrariado vuestra voluntad, pero se hubiera sacrificado sin titubear, tan solo por obedeceros. Y cuál hubiera sido su suerte! Recapitadlo; todos hubiéramos sido infelices, si hoy no nos hubiera salvado la impetuosidad del carácter de D. Diego; á su noble franqueza debemos nuestra dicha; y pues posee un alma digna de ser amada, no le priveis del cariño de vuestra hija.

GAS. No; aun cuando vea en vos tan noble desinterés, ha sido el golpe muy rudo para que pueda yo olvidarlo tan fácilmente.

BEL. Y qué conseguiriais con vuestro rencor? Quizá una nueva desgracia! Qué razón hallais para contrariar de ese modo las leyes que nos dió naturale-

za? Ni cómo es posible que un pecho noble, abrigue tan bajas pasiones? El perdon, el olvido de las injurias es la mas noble de las venganzas.

GAS. Basta, os entiendo, D. Beltran, y obraré como quien soy. Tú, desgraciada, que en tan duro trance has puesto á tu padre, irás á espiar tu falta á las Calatravas; allí, separada del mundo, encerrada en una celda, pedirás á Dios el perdon de tus culpas, y si es sincero tu arrepentimiento, volverás á los brazos de tu padre. En cuanto á vos, D. Diego, me habeis herido mortalmente y sin miramiento ninguno, olvidando que soy hermano del que os dió el ser, y que os dejó encomendado á mi cuidado al morir. Vos me habeis llenado de dolor; con vos no puedo ser tan indulgente; salid pues inmediatamente de esta casa; el ejército se halla próximo á Brihuega; de un dia á otro debe darse una batalla; acudid á donde os llama la patria, y ya que otra cosa no sea, procurad morir con honor, como Sandoval, como español que sois.

DIEGO. Oh! gracias, señor, yo os juro que nadie ha de igualarme en el combate.

BEL. Pero y si en vez de sucumbir en la refriega, volviera á vuestra casa respetado por la muerte, y coronado de laureles?

GAS. Entonces... *(entusiasmándose.)*

BEL. No habria compasion para él?... No podria llegar á llamar suya á Inés, por quien ha arrostrado hoy hasta vuestro enojo?

GAS. *(con entusiasmo.)* Oh! si la suerte corona sus esfuerzos, si vuelve victorioso... sea suya.

DIEGO. Oh! Señor! nunca pudisteis darme mas dulce recompensa; la victoria será nuestra, no lo dudeis, una voz secreta me lo dice, un ángel me anima, y Dios me ayudará.

GAS. Id, pues, llevando al par de vuestra esperanza, mi bendición.

GAS. Y en la prueba terrible que os espera luchad, D. Diego, con afán de gloria, impávido seguid vuestra bandera hasta hallar el laurel de la victoria; si sois vencido, conquistad siquiera un lugar distinguido en nuestra historia, mostrando, con la enseña que tremola en Brihuega, al morir, sangre española.

FIN.

Examinado este drama; no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.- Madrid 26 de Mayo de 1866.

El censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

PINTO:

IMPRESA DE G. ALHAMBRA, MONJAS, 8.

1867.

... que tan pocas palabras... El gacón, el cívico de las
 injurias es la más noble de las reacciones.
 Gac. Basta, os entiendo. D. Baltasar, y ahora como
 quien soy. En desgracia que en un libro
 de las pocas y en pocas las de España, en las
 las Calatravas; allí se paraba del mundo, encorvada
 en una celda, pedras a Dios el poder de sus cal-
 pas y si es afuera en arropamiento, volverá a
 las brisas de la patria. Baltasar, vos, D. D. Gac.
 no habéis herido mortalmente, y sin embargo
 ninguna, alvitando un soy hermano del que os dió
 el ser, y que os dejó encomendado a mi celda al
 morir. Vos me habéis hecho de dolor, con vos no
 puedo ser tan indiferente; estáis pues inmediatamente
 de de esta casa; el ejército es de la patria y de
 guerra; de un día a otro debe darme una batalla;
 ayudad a donde os llama la patria, y ya que con
 esta no podéis ir, iréis con honor, como han
 ido al campo español los reyes.
 Gac. Oh! gracias, señor, yo os juro que nada he de
 ignorar en el campo.
 D. P. Pero y si en vez de ir a combatir en la religión
 volvierais a vuestra casa rescatado por la muerte,
 coronado de laureles?
 Gac. (con ironía.) ¿Entonces?
 D. P. No habéis comprado para el... De modo que
 gar a luchar en la guerra, por quien he estado
 hoy hasta nuestro campamento.
 Gac. (con entusiasmo.) Oh! si la suerte corra sus es-
 trías, si vuestras victorias... sea suya.
 Dico. Oh! Señor, nunca pudiese darme más dulce
 recompensa; la victoria será nuestra, no lo dudéis,
 una vez se os me ha dicho, un ángel me anima,
 Dios me ayudará.
 Gac. Id pues, llevando el parte de vuestro esperanza
 mi bendición.
 Gac. Y en la guerra terrible que os espera
 luchad, D. Baltasar, con alma de gloria,
 jamás veréis vuestra bandera
 hasta hallar el trofeo de la victoria;
 si sois vencido, conquistad siempre
 un lugar distinguido en nuestra historia,
 mostrando con la espada que tremola
 en Bithunja, el mar, sangre española.

FIN

... representada en Madrid, el 28 de Mayo de 1887.
 El autor de la obra
 Narciso S. García

FINITO

Imprenta de S. Alameda, MORALES 5.
 1887

... de la guerra...
 Dico. (con entusiasmo.) Oh! si la suerte corra sus es-
 trías, si vuestras victorias... sea suya.
 Dico. Oh! Señor, nunca pudiese darme más dulce
 recompensa; la victoria será nuestra, no lo dudéis,
 una vez se os me ha dicho, un ángel me anima,
 Dios me ayudará.
 Gac. Id pues, llevando el parte de vuestro esperanza
 mi bendición.
 Gac. Y en la guerra terrible que os espera
 luchad, D. Baltasar, con alma de gloria,
 jamás veréis vuestra bandera
 hasta hallar el trofeo de la victoria;
 si sois vencido, conquistad siempre
 un lugar distinguido en nuestra historia,
 mostrando con la espada que tremola
 en Bithunja, el mar, sangre española.

